

## **Decálogo para la formación de un *gentleman*. Sermones ensayísticos del Cardenal Newman**

*por Gustavo Generani*  
(Universidad de Buenos Aires)

### **RESUMEN**

En el marco de una investigación denominada “Crítica literaria inglesa del siglo diecinueve: del artista crítico al crítico como artista (1790-1832; 1867-1901)”, llevada a cabo por un grupo de docentes de la materia Literatura del siglo XIX (UBA), el presente artículo se propone esbozar algunas tensiones ideológicas en el pensamiento del teólogo británico John Henry Newman (1801-1890), quien ejerció una influencia decisiva en la producción del crítico Mathew Arnold, figura central en el campo intelectual inglés durante la segunda mitad del siglo pasado. En líneas generales, este trabajo expone la reacción conservadora de un escritor liberal que teme a la fragmentariedad del saber contemporáneo y que encuentra en la educación universitaria un eficaz instrumento de control social.

Las premisas de un inglés, los principios a partir de los cuales razona, o las reglas de acción que debe aplicar, son cosas todas ellas que alguien ha escogido por él. Se supone que alguien las ha establecido mucho tiempo atrás. La destreza del inglés consiste en determinar qué debe hacerse, una vez que ha quedado *supuesto* que todas esas cosas han sido establecidas correctamente.

Quizá el pueblo inglés sea el mejor preparado para ejercer dominio sobre naciones bárbaras o semibárbaras como las de Oriente, precisamente porque los ingleses son, de todos los pueblos civilizados, los más rígidos y más apegados a sus propias costumbres.

John Stuart Mill, *Diario*

En la Inglaterra de los años ‘50 del siglo XIX, el Cardenal Newman, *nuevo hombre* católico y liberal, elige como blanco de sus sermones el desorden: la exuberancia y la diversificación del conocimiento científico, el empirismo como corriente dominante del pensamiento, la pérdida del *temor* a Dios, la fuerza opresiva del protestantismo, la extravagante originalidad y la falta de profundidad argumentativa del saber multiplicado por la prensa, la literatura como mera diversión, la corrupción de la lengua, las tentaciones de la vida y la tendencia a la barbarie, son algunos de los problemas que aparecen recurrentemente en su discurso con el objeto de mostrar el universo social en un estado de caos, fluctuación y fragmentariedad que es necesario ordenar para acceder a lo que el autor denomina “la verdad”. El modelo de transformación que esboza Newman está en la línea pedagógica de *Las cartas sobre la educación estética del hombre* que Schiller escribió entre 1793 y 1794 a partir del sangriento espectáculo de la Revolución Francesa en su etapa jacobina y con el fin de plantear una alternativa pacífica a la necesidad de un cambio social. El Cardenal construye una estrategia educativa que tiene como centro de irradiación a la universidad y como núcleos de ese centro a la filosofía, la religión y el arte, áreas del conocimiento cuyas funciones son imprescindibles para el éxito de su propuesta.

### **El imperio de la unidad**

La separación de las esferas del conocimiento como parte del proceso de racionalización y secularización que desembocó en “la muerte de Dios” y en un angustiante desencantamiento del hombre frente al mundo, fue la idea mediante la cual Max Weber graficó el problema central de la modernidad, pero ya antes había constituido una preocupación para los escritores que se

agruparon en torno a la revista *El Ateneo* y formaron parte del denominado romanticismo de Jena en la última década del siglo XVIII; así lo atestigua, por ejemplo, el proyecto enciclopédico de Novalis o el denominado “Primer programa del romanticismo alemán”, texto que habría sido escrito por Hölderlin, Hegel y Schelling, y que pone de manifiesto una voluntad de fusión de áreas del saber tales como la Poesía, la Filosofía y la Religión para configurar un absoluto que supere la fragmentariedad del mundo. El gesto hacia la reconstrucción de la unidad perdida se repite en Newman, quien establece la supremacía de una trinidad muy similar para hacer frente a la extrema autonomización de las ciencias.

En principio, el Cardenal no acepta la separación del conocimiento secolar respecto del religioso, pues este último garantiza la armoniosa relación entre las distintas disciplinas y genera una pacífica ampliación del conocimiento, aunque para ello también es fundamental el aporte del profesor con instrucción catequística, quien por medio del diálogo con el alumno controla exhaustivamente el aprendizaje. Aunque Newman generaliza al señalar la función de la religión, al lector le cuesta pensar que incluya en esta categoría —al menos en ese momento de su producción— el aporte que pueda ofrecer el protestantismo —significativamente, el movimiento de ruptura de la unidad católica a la que retorna el autor—, ya que se lo presenta como una fuerza antiliberal, opresiva, y que en base a la repetición de prejuicios anticatólicos determina en el Reino Unido la marginación de una minoría que queda imposibilitada para convertir a alguno de sus miembros en estadista o en gentleman. Por contrapartida, hay que decir que en el imaginario del Cardenal, los preladados católicos, siendo tan pocos, configuran la reserva de un saber prestigioso que ha superado las pruebas del tiempo y que entra en contraste con los desconfiables y vertiginosos conocimientos que se gestan en aquel presente.

En cuanto a la filosofía —otro de los núcleos unificadores—, su acción es tan amplia como la de la religión, pero se la define como la “ciencia de las ciencias”, como aquella que aborda las interrelaciones que hay entre todas las disciplinas del saber humano desde una perspectiva más racional.

La última área de supremacía dentro de la institución universitaria pensada por Newman como centro de transformación social, es el arte. Una Facultad de Arte debe estar, según él, por encima de las otras, debe ser su cuerpo rector, su directriz, porque ha surgido antes que ellas —valor de la tradición— gracias al peso que tuvo en los colegios, las instituciones que prefiguraron el modelo de formación universitaria. El arte que privilegia el Cardenal es específicamente el del clasicismo (equilibrio, armonía, medida), que el extiende desde la antigua Grecia hasta la Edad Media. Bajo la mirada de este autor, la historia del mundo es caos, fluctuación y conflicto, sin embargo, en ese mismo marco, cierta formación cultural armónica, un pensamiento común de los pueblos que bordean el mediterráneo, se constituyó como centro de civilización —es decir, como unidad— durante muchos siglos, hasta que el empirismo de Bacon encandiló al ser humano con un método materialista que destruyó las artes clásicas, las siete artes liberales, y le hizo creer que el universo entero podía ser medido y calibrado, le hizo olvidar que es en el intelecto donde está el acceso a las infinitas relaciones establecidas por el Ser Supremo. Esta zona del pensamiento de Newman es además importante porque se presenta como una nítida marca de eurocentrismo. El Cardenal llega al punto de destacar a esa cultura mediterránea con los rótulos de “Sociedad Humana” y “Civilización”, con lo cual, obviamente, cualquier otra cultura queda relegada al bárbaro uso de las minúsculas. Al respecto, hay que agregar la obsesiva presencia en su discurso de términos como “imperio” o “imperial” para hacer sugestivas referencias a la filosofía, al intelecto o a la universidad... De este modo, se va configurando un mapa semántico que induce al lector a una valoración positiva del colonialismo europeo, discurso que, por otra parte, entra en contradicción con la defensa del liberalismo que hace el autor. Sobre este mismo aspecto, resulta interesante la ambigüedad con la que Newman traza el perfil del carácter inglés y de sus resultados políticos; en el listado de las virtudes nacionales aparecen entre tantas otras: sobriedad de juicio, lógica práctica, instintiva veneración hacia la ley, respeto al compatriota, autodeterminación y enérgica perseverancia, laboriosidad, etc. Todos estos aspectos hacen del inglés un efectivo agente de progreso en las colonias, capaz de trabajar como una docena de hombres de otras razas, alguien que no necesita

—aquí emerge de nuevo el cruce de liberalismo y colonialismo— rectores gubernamentales y planes sistemáticos para realizar proezas individuales, para abusar de los nativos y convertirse en instrumento de una ganancia para su país. La oscilación ideológica del Cardenal se hace más evidente al explicar en tono condenatorio que los rasgos del carácter que fueron señalados han surgido como una consecuencia del aislamiento de Inglaterra durante siglos, pero que dejaron de ser una forma de resistencia organizada frente al avance de los otros para convertirse en una forma de acción sobre los otros.

### **“La excelencia implica un centro”**

Newman observa la universidad en su contexto y la compara con un bazar en el que se ponen en venta mercaderías de todo tipo; la presenta como una acumulación asistemática de saberes autónomos, pequeños “todos” completos en sí mismos, aunque solo portadores de verdades parciales, ya que no están en relación con los conocimientos que ofrecen las demás disciplinas. Frente a esta situación, resulta sorprendente que un hombre del liberalismo la explique como un efecto de la división del trabajo en el terreno de la ciencia y de un exceso del juicio privado en la persecución de nuevas teorías. Para Newman, “la excelencia implica un centro”, y ese centro debe ser la universidad, un ámbito en el que se concentren todas las áreas de conocimiento de manera integrada gracias al influjo unificador de la filosofía, la religión y el arte. Para alcanzar ese sistema absoluto de interrelaciones, la universidad debe proponerse como objetivo básico de la educación liberal, imprimir en el intelecto del estudiante una metodología de trabajo, un orden, una disciplina de análisis que, por una parte, facilite el constante y progresivo desarrollo de su conocimiento, y por otra, se proyecte sobre aspectos morales que determinen su conducta social.

En cuanto a la ampliación del horizonte del conocimiento, éste está estrechamente relacionado con la concepción ecuménica que tiene Newman de la universidad como una organización política amplia que no elimina el conflicto sino que lo orienta hacia un orden social para el bien común; es una institución que no debe otorgar exclusividad a ningún departamento y que tiene que mantenerse imparcial con el fin de generar un auténtico cruce de saberes que constantemente modifiquen el intelecto del estudiante. En este punto, el sistema de Newman resulta un poco más dinámico: cada nuevo conocimiento produce un nuevo centro en el sujeto, una reestructuración intelectual cuya mecánica no es simplemente aditiva; cuando el intelecto entra en una relación enérgica y simultánea con las ideas, éstas se reordenan y construyen otro sistema que guía a la mente hacia una nueva contemplación de sí misma y de los objetos.

Si la pluralidad del sistema de pensamiento del Cardenal Newman encuentra su punto más alto en la afirmación de que la fuerza y la profundidad de una idea dependen de la variedad de aspectos bajo los que se presenta a diferentes intelectos, no hay que perder de vista que su propuesta educativa tiene por objetivo básico crear sujetos comunes y de una inteligencia ordenada, serenos, autocontrolados, moderados, finalmente, Se trata de acceder al ideal del arte clásico que tanto promueve? Son acaso las marcas que ha dejado la jaula de hierro que puso el protestantismo en el interior de cada uno de sus fieles? Lo cierto es que Newman pretende ejercer a través de su modelo educativo un control minucioso sobre el estudiante que va más allá de las abstracciones de los centros y las unidades, más allá de su teoría del conocimiento, las reglas metodológicas o el trabajo en las aulas de una universidad. El sueño del Cardenal es más amplio y más microfísico: incluye a profesores que actúan como predicadores, que preguntan puntillosamente lo que han explicado para asegurarse que lo repetido por el alumno fue asimilado con eficacia, incluye a profesores que temen a la incontrolada difusión del saber que se atribuye a una prensa sofista, que actúan como misioneros y hacen use de su personalidad para crear medios que “envuelvan sin interrupción” los hábitos de los alumnos. Hay un Newman medieval que desea inculcar el miedo a contradecir sin fundamento la palabra de Dios, que sostiene que considerar a Galileo como un hereje pudo haber sido un error, pero que no hay equivocación en la censura a las ideas desestructurantes e inverificadas; el Cardenal desea que su modelo educativo universitario se proyecte a los colegios sobre la base de tres notorias

figuras de poder: el prestigio eclesiástico, una disciplina paterna y un edificio prominente de aspecto perdurable; por último, emerge la fantasía de control social más hiperbólica del liberalismo de Newman: una metrópoli con riquezas de todo el mundo que de modo sistemático sirva a sus propósitos educativos.

### **Síntesis**

Digno representante de la modernidad decimonónica, el pensamiento de Newman se debate entre la fuerza represiva y conservadora que ejerce la figura del Cardenal y la fuerza liberadora y plural que parece definir a la figura del gentleman, personaje antidogmático cuyo desideratum es la versatilidad del intelecto y la, sabiduría para aceptar cualquier posición. Por un lado, tenemos al discurso civilizador euro y anglocentrista, la aceptación del colonialismo, la sistematización del caos a través de la construcción de centros jerárquicos desde los que se elimina la fragmentariedad del conocimiento y desde los que se genera el control social, moral, sobre el individuo... Por otro lado, emerge el defensor de una minoría religiosa, del liberalismo político-económico, de una teoría del conocimiento abierta, dinámica, plural... El decálogo para la formación de un gentleman debería construirse sobre estas oscilaciones...

## BIBLIOGRAFÍA

**Benjamin, Walter**

1988 *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*, Barcelona, Ediciones Península.

**Hölderlin, Friedrich**

1976 "Proyecto" en: *Ensayos*, Madrid, Ediciones Peralta-Editorial Ayuso.

**Knights, Ben**

1978 *The Idea of Clerisy*, Cambridge, Cambridge University Press.

**Kolakowski, Leszek**

1972 *Positivist Philosophy (from Hume to the Vienna Circle)*, Great Britain, Pelican Book.

**Lacoue-Labarthe, Philippe y Nancy, Jean Luc**

1978 *L'Absolu littéraire*, Paris, du Seuil.

**Newman, John Henry**

1953 *The Idea of a Liberal Education*, London, George G. Harrap and Co. Ltd.

1880 *Apologia pro Vita spa: Being a History of his Religions Opinions*, London, Green, Reader and Dyer.

1959 *The Idea of University*, New York, Image Books.

**Weber, Max**

1984 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Sarpe.

**Wellek, Rene**

1965 *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, Madrid, Gredos, tomo IV.